

Para Miquel (08)

Empiezo por comentarios telegráficos a tu último escrito.

1-Habría que acabar con las canonizaciones, desde luego.

2-Confieso ignorar la hipótesis de que Jesús hubiera estado de adulto en Egipto (no el relato de infancia de la huida a Egipto).

3-Lo del Juan Bautista telonero es una ocurrencia que seguramente está fuera de lugar.

4-He querido resaltar que por comparación con la vida pública de Buda o de Mahoma la de Jesús fue breve: tres años también es poco tiempo.

5-No por resaltar el carácter ritual de la última cena entiendo que entonces instaurara la eucaristía.

6-Carlos Fuentes es, sí, el novelista mexicano.

Y ahora entro en el meollo del asunto, en un par de ideas tuyas en lo que le decías a José María Vigil.

Estoy en completo acuerdo acerca de la obligada coherencia en la imagen de Jesús. No se puede hacer con él un collage de probables o posibles rasgos suyos que casan mal entre sí, por ejemplo, imaginarle a la vez como un místico, un amante de la paz y un militante antirromano. El Jesús de Juan se parece poco o nada al de los sinópticos: no ya solo en la duración de su ministerio público o en la fecha de la crucifixión, sino en su perfil personal y religioso. No necesito abundar en ello, puesto que lo sabes perfectamente y mejor que yo.

De la imposibilidad de ese collage resulta la dificultad de un sermón coherente de las Siete Palabras, que, como bien subrayas, distan mucho de poderse atribuir a un mismo Jesús en su agonía. Y ahí me surge una discrepancia respecto a lo que propones: "que cada uno se haga su retrato de Jesús". Esto me resulta cercano a un texto medieval, que solo conozco de segunda mano, vía Kolakowski, y que he citado en más de un libro, porque "se non é vero, é ben trovato": "El venerado Cristo gira como banderín al viento, se pliega como vulgar paño. Consiente que hagan con él cuanto quieran y a todo se doblega según el corazón de cada uno. Él es siempre lo que tú quieres que sea".

Entre mis borradores encuentro este párrafo de Albert Schweitzer, cuyo origen tampoco puedo contrastar, desmantelada mi biblioteca y ahora con memoria envejecida, párrafo en el que seguramente estaríamos de acuerdo: «Así pues, cada época de la teología encuentra sus pensamientos en Jesús y sin eso no puede dotarle de vida. No sólo cada época: cada individuo le modela según su propia personalidad. No hay empresa alguna tan personal como escribir una vida de Jesús.»

Mi enfoque actual sería el siguiente. Si no es posible saber si la vida pública de Jesús duró uno o tres años, si no consta si su última palabra fue de confianza o de desesperación, y tampoco constan otras circunstancias, no me siento autorizado a decidir entre las alternativas contradictorias de las fuentes, decisión que me parece germen de un Cristo de la fe hecho a

medida. En mi racionalismo me quedo con un Jesús muy borroso, que, por otro lado, y por lo que se sabe en conocimiento altamente probable, ha dejado de interesarme.

En tiempos piadosos leía, meditaba y me emocionaba el Kempis en ese capítulo que dice más o menos: “Estar sin Jesús es triste infierno, estar con él es dulce paraíso”. Luego he sabido que estar con él es ya imposible dos mil años después. Actualmente sospecho que tampoco en vida suya me hubiera apetecido sumarme al grupo de sus discípulos. En pensamiento desiderativo, en ucronía, si se pudiera rebobinar el tiempo y volar sobre el espacio, tengo a veces la siguiente fantasía, que resume mi residual interés por Jesús a día de hoy. Si me fuera dado trasladarme durante 24 horas a otro lugar y momento del pasado, elegiría las últimas horas de la vida de Jesús para enterarme bien de cómo fueron.

Por lo demás, veo no solo al Cristo, también a Jesús como el gran engaño padecido en mi juventud. Devoré y releí libros como *El drama de Jesús* del jesuita José Julio Martínez, autor también, si no recuerdo mal, de *El amigo* y *Mi respuesta al amigo*. Ya de adulto, lejos de admirarle, me ha desencantado. No encuentro en él nada original en cuanto a enseñanza suya o atribuida a él, nada que no se haya dicho antes- en la Biblia hebrea, sin ir más lejos-. Su crucifixión me apena, como la de Espartaco y otros crucificados por romanos. No la veo merecedora de una teología de la cruz o del Dios crucificado, ni siquiera de la tesis de un Jesús liberador. Le juzgo merecedor de un recuerdo piadoso como todos los ejecutados por tiranías e imperios; y eso me lleva al (imposible) deseo de Horkheimer: que el victimario no prevalezca para siempre sobre su víctima. Me cuesta mucho, sin embargo, entender cómo Jesús ha suscitado tanta polvareda espiritual en la historia.

Él no fue un impostor y seguramente no dio lugar a equívocos sobre sus intenciones, pero a mi juicio su mito o leyenda ha sido, sin culpa suya, la gran impostura de Occidente.

15-12-2022